

vío que, a lo largo de la historia, muestra la mujer por la filosofía? Porque un examen más estrecho de la psique femenina ha de mostrar dos caracteres francamente antagónicos del espíritu filosófico. No es la misma la unidad que la mujer establece en su mundo y la que la filosofía establece en el universo. La mujer, más sujeta al proceso vital que el hombre, tiene mayor dificultad que el hombre para objetivar. No puede prescindir de sus amores, odios o preferencias. El espíritu filosófico, ya lo hemos visto, se aparta de la vida y se orienta hacia lo absoluto y lo eterno.

El autor no considera imposible una evolución de la feminidad en un sentido favorable al desarrollo de la capacidad filosófica en la mujer. Funda esta esperanza «en la expansión actual de la feminidad» que «tiene que producir efectos enormemente hondos sobre el alma femenina y provocar la actualización de virtualidades, que hasta ahora no habían podido manifestarse en actos. Una de ellas puede ser muy bien la acomodación del alma femenina al ejercicio objetivo de la contemplación.»

Frente a la tendencia tradicional a la condensación y la concentración la nueva tendencia expansiva ha de

reñir sus batallas y han de surgir heroínas de uno y otro ideal. Acaso «sobrevenga una fecunda síntesis y la naturaleza de la mujer compagine la raíz vital unitaria y solidaria de su alma con la variedad de funciones, de intereses y actividades».

«Y entonces puede producirse en el mundo un tipo maravilloso de mujer, una forma exquisita de cultura femenina que reúna la intensa preocupación vital y personal, la unidad perfecta del ser, con la diversidad de los más tenues, sutiles y apartados intereses ideales, un tipo de mujer hecho a la medida de la meditación filosófica, que sea capaz de alternar la intimidad de la vivencia con la claridad de la especulación. Es posible que la filosofía reciba de las mujeres una última y más sublime depuración.»

<https://doi.org/10.29393/At55-24PHRA10024>

La Presidencia de Hoover y la Dictadura del Bienestar.

Con este título Bernard Fay publica un interesante estudio en el número del 16 de Marzo de *La Revue Hebdomadaire* de París.

Comienza: «Después de la revolución rusa y el advenimiento del fascismo en Italia, la elección de Mr. Hoover ha marcado la fecha más im-

portante en la evolución de la democracia. Por un triunfo formidable la primera república del mundo ha declarado a su vez que desconfía de la política parlamentaria y de la libertad. Ha proclamado que quería un gobierno fuerte, autoritario y «técnico». A su manera ha elegido su dictadura, la del bienestar, y la ha confiado a Mr. Hoover. Franklin, Jefferson y Jackson deben estremecerse en su tumba pero la cosa no pasa más adelante.»

Para Fay la fecha de la asunción del poder por Hoover marca una nueva era en la vida de la democracia norteamericana y el hecho no debe pasar inadvertido por los países del viejo continente.

La enfermedad de Wilson dejaba a los Estados Unidos sin héroe popular en 1919. En pocos meses Wilson y Roosevelt quedaban fuera de combate. Lejos de lamentarlo, el pueblo respiró. Se sintió en el país un estado de ánimo parecido al de Francia después de la muerte de Luis XIV. «Los pueblos pueden ser, a menudo, inteligentes; buenos, a veces; generosos, jamás.»

«Los americanos—es decir, los norteamericanos—de 1920 se entregaron a una bo-

rracherá de mediocridad como los franceses de 1715. No se habló más que de *normalcy* y para dirigir a la nación más grande del mundo sólo se pensó en un hombre bonachón, bella persona, vividor, no tonto pero en el cual todas las cualidades y defectos estaban dominados por una incurable mediocridad, una desesperante debilidad de carácter. Warren Gama-liel Harding no sabía defenderse ni de los hombres ni de las mujeres. Terminó pagándolo con su vida y su honor, aunque los Estados Unidos, por una laudable preocupación de decencia no hayan propalado jamás esos incidentes lamentables. Engañado por ministros poco honestos, hostigado por una mujer que no lo abandonaba, estaba arrinconado en un callejón sin salida cuando murió de una pleuresía aparentemente causada por un marisco envenenado, muerte igualmente extraña, triste y oportuna.»

Por la debilidad de este hombre los grandes millardarios volvieron a recuperar la influencia que, por motivos distintos, habían perdido bajo Roosevelt y Wilson. Los ferrocarriles, los campos de petróleo, las grandes reservas de fuerzas hidroeléctricas empezaron a sen-

tir los efectos de la nueva política.

Vino en seguida Coolidge desprovisto también de inspiración personal y fuerza creadora. Su lema fué «economizar y mezclar al gobierno en el menor número de cosas posible». Y consiguió lo que quería. «El grupo formidable de magnates financieros que domina los negocios norteamericanos supo utilizar la inercia gubernativa y desarrollar la riqueza del país. Uno de ellos, M. Mellon, llegó a ser, como Ministro de Finanzas, el alma del gobierno. Es el mejor jugador de pocker del mundo. Fué un buen ministro y, como tenía a la vez las llaves del tesoro nacional y las de los bancos más grandes, se convirtió en el verdadero jefe del partido republicano. Todo esto está bien lejos de Roosevelt y de sus deseos de hacer de América (Norte América) una república popular.

«Los amigos y compañeros de Roosevelt quedaban en el Congreso ocupando sus puestos en el partido republicano o bien al margen como «progresistas». Borah, Johnson, La Follette, Norris, Magnus Johnson, que invitaba a los otros senadores a competir con él en el arte delicado de ordeñar las vacas, eran los

testigos de una época de democracia virulenta. Elevaban todavía la voz pero de preferencia contra Europa y raramente para hacer política interna radical. Después uno a uno desaparecieron o se amoldaron a las circunstancias. El senador Johnson de California tuvo un descalabro electoral y preocupaciones financieras que lo calmaron. La Follette murió. Magnus Johnson regresó a sus vacas. Borah fué iluminado por el Espíritu Santo y los otros envejecieron. El pueblo norteamericano no tuvo un tribuno en sus dolores y parecía resignarse a ello.»

Se produjo así el más formidable vuelco que era posible imaginar en la vida política del país. El gobierno norteamericano, enemigo declarado de los trusts y monopolios se reconcilió paulatinamente con ellos y se desentendió de las leyes que los reprimían. El pueblo, como siempre, siguió a sus jefes sin preocuparse de la suerte que esperaba a la pequeña industria. Los diarios, aun los más demagogos como los de Mr. Hearst, se plegaron a la política del gran capitalismo y se dedicaron a entonar su apología ya que su vida estaba asegurada por los anuncios de los grandes industriales.

Es un hecho sintomático, por ejemplo, que la muerte de Sacco y Vanzetti haya provocado mayor agitación fuera de los Estados Unidos que en el país donde las masas populares tomaban partido en contra de los ajusticiados porque eran italianos. El campo de alianza que servía para juntar a ricos y pobres, eliminando toda la lucha social, era la concepción norteamericana del «bienestar». La producción en gran escala y la standarización de los productos ponían al alcance de todos, los automóviles, los productos alimenticios, la ropa. Al revés del hombre del viejo mundo que, individualmente, es conservador y revolucionario cuando se siente multitud, el norteamericano acepta un conformismo voluntario al sentirse, y buscar las ocasiones de sentirse, «lo más multitud» posible. «Compra las mismas camisas, la misma ropa, los mismos zapatos que todos los demás y se cree obligado a cambiar el sombrero de fieltro por el sombrero de paja el mismo día en que todos los otros. Ser distinto es ser ridículo y esto es ser débil.»

Otro de los motivos de angustia para las individualidades superiores es el progreso cada día creciente del maquinismo. Una estadística reciente ha mostrado que hay

alrededor de 9.200,000 intelectuales de «primera, segunda y tercera calidad» para 4.200,000 empleos. Y cada día se inventan nuevas máquinas que desplazan a los hombres más capaces. «Una de las leyes económicas esenciales que se ha impuesto en los Estados Unidos puede, en efecto, formularse así: emplear para dirigir las máquinas a los hombres que tienen el mínimun de inteligencia necesario y suficiente para hacer funcionar las máquinas. Así se disminuirán los gastos y aumentará el rendimiento. Pero, al mismo tiempo, se eliminará a la gente de talento.»

La ley de la prohibición no afecta en nada a los grandes millardarios que tienen siempre sus bodegas bien provistas. Significa indudablemente un bien para aquellos que, sin esta ley, serían incapaces de abstenerse pero «es a la vez inútil, ofensiva y peligrosa para una clase culta a la que quita sin compensación placeres legítimos y útiles encerrándola en un conformismo embrutecedor».

La explicación de la influencia cada día creciente del partido republicano en la política interna y externa del país se encuentra en la entente establecida de hecho entre los más ricos y los grupos comerciales, obreros e

industriales. Así hay que explicar el arreglo de las deudas interaliadas, la eliminación gradual de los elementos cultos e individuales, la ley de emigración, las altas tarifas aduaneras, concesiones hechas todas a la masa con el designio de aplastar a los mejores. En otro terreno tienen en baja estima los ideales políticos y las ideas filosóficas pero demuestran un gran interés por la ciencia. «Esta veneración por la ciencia a la que deben el fonógrafo, la radio, el teléfono, la telegrafía, el cine, los ferrocarriles, los autos, la luz eléctrica y los aeroplanos, es universal en el Nuevo Mundo.»

Hay la tendencia, que el autor califica de obsesión, de despreocuparse de la política «porque disminuye y divide a las naciones». Más que las leyes humanas para imponerse sobre las cosas se buscan las leyes naturales y cósmicas que anulan al hombre sometiéndolo a su imperio terrible. «Poco importa que el ser humano encuentre un pequeño placer en beber un poco de vino si el rendimiento mecánico de la bestia humana puede ser aumentado por la privación de este brebaje. No se busca la conformidad con esos *desiderata* puramente humanos. Los diarios prohibicionistas repiten que el perro, el caballo y el asno no tienen

necesidad de alcohol para trabajar bien y reproducirse. En realidad, tampoco lo necesitan el cerdo, la pulga y el cangrejo.»

Un «puritanismo científico» reina en las altas clases industriales y las mantiene en contacto con la masa y en abierta oposición con los medios cultos.

Personalidad de la importancia de Ford, por ejemplo, se niega «a alentar los trabajos científicos no susceptibles de rendir resultados prácticos inmediatos». El grupo de magnates financieros e industriales dispone de casi todos los intelectuales de Norte América, es decir, de la prensa y de las Universidades organizadas en su mayoría, principalmente las del Oeste, con las donaciones de los grandes millardarios. Los profesores parecen obedecer mejor a la influencia de los políticos, pero si se piensa que estos obran movidos por influencias financieras se verá que la diferencia es sólo un distinguo sutil.

«Un pueblo que, por disgusto de las frases, se aparta de la política y se entrega al puritanismo científico, una aristocracia industrial que, ligada con una vasta burguesía obrera, estrecha y constriñe a una *élite* intelectual, hombres de estado que se preocupan más de crear una fuerza de la naturaleza

que un pueblo civilizado, tal es la imagen altamente pintoresca, fantástica casi, que ofrecen desde algunos años los Estados Unidos al observador. Un cuadro así puede parecer exagerado pero todo observador exacto que considere este gran continente con la necesaria perspectiva estará de acuerdo con él. Y esto explica la popularidad de Smith, la campaña electoral y la apoteosis de Hoover.»

Entra en seguida el autor a detallar en forma, no por pintoresca, menos profunda, la campaña electoral norteamericana (1).

Algunos rasgos del candidato Smith: «Afirmó en diversas ocasiones que los Estados Unidos, en su comportamiento con las repúblicas de sur y centro Americano habían tenido discreción, prudencia, ni *moralidad*. La impresión fué profunda. Se hizo el vacío y el silencio alrededor de este escándalo pero no se pensaba ni se sentía eso.

«Se atrevió a más. Afirmó que los Estados Unidos no eran esencial y universalmente prósperos. Repitió en sus discursos y proclamaciones que había en Estados Unidos cuatro millones de desocupados, que diversas industrias estaban profundamente afectadas y que si no se obraba rápidamente, es-

taban expuestas a pruebas mayores.»

Quebraba de golpe el candidato demócrata los dos grandes ídolos del partido republicano: la moralidad indiscutible de los Estados Unidos y su no menos indiscutible prosperidad material. Sabía también matizar su campaña con ocurrencias ingeniosas y oportunas. Un día exclamaba refiriéndose a la famosa «prosperidad republicana»: «El candidato republicano atribuye a su partido el mérito de todo lo que se ha hecho en los Estados Unidos desde hace veinte años. Se alaba hasta del aumento del número de alumnos en las escuelas... ¿El partido republicano ha hecho todo esto? Alabado sea Dios: todo el mundo ha contribuído a ello y yo también en mis buenos tiempos.» Hablando del Presidente Coolidge decía un día: «A su lado la esfinge de Egipto es un fonógrafo de repetición.»

Según nuestro autor, los nueve discursos de Hoover, de una hora de duración cada uno, eran tan impersonales y standarizados como un producto de Ford. Hoover decía: «La ciencia nos ha dado nuevos métodos y un millar de invenciones. Gracias a ella cada uno de nosotros ha ensanchado su campo de acción, multiplicando sus contactos, sus descansos, sus

(1) Ver págs. 77-80 del número 51 de *Atenea*.

experiencias, sus ambiciones y sus problemas.» Los carteles de propaganda decían: «Votad por Hoover porque no habla de política y obra como jefe.» Otras palabras de Hoover: De la cooperación del gobierno con los grandes cuerpos organizados para el bien público obtendremos en el porvenir un mayor afianzamiento del espíritu familiar, de la felicidad familiar, de las alegrías y del bienestar general.»

Los partidarios de Hoover tenían, al votar por él, la certidumbre de cumplir un acto religioso. En la hora culminante de la campaña el candidato republicano había lanzado contra su adversario la acusación de «socialismo de Estado» por el control que Smith sostenía sobre las grandes empresas de explotación hidroeléctrica y el papel de director y árbitro y no de simple colaborador que asignaba al Estado frente a los poderes económicos. Nunca aceptó Hoover una polémica precisa en la que hubiera sido arrollado. La voz de alarma hizo estrecharse a los elementos conservadores de todos los grupos frente a la amenaza del imaginario trastorno social. Los quince millones de votos obtenidos por Smith representaban la más formidable minoría conocida en

Estados Unidos. A su vez los veinte millones ochocientos mil votos de Hoover constituían una mayoría sin precedentes.

El triunfo del 6 de noviembre hizo exclamar a Mr. Mellon, personaje tranquilo y reservado, estas líricas palabras: «Una era nueva comienza. Las grandes fuerzas económicas que afectan tan profundamente la vida de los individuos serán comprendidas por Mr. Hoover y el nuevo puesto que ocupará le dará un mayor poder para hacer el bien.»

Termina Fay: «Los corresponsales de los diarios americanos (norteamericanos) en Washington telegrafiaban: «Hoover va a conducir a América (léase Norte América) hacia una nueva era.» Una alegría inmensa recorría el país y se traducía en Nueva York por un alza delirante en la Bolsa. El país estaba ebrio de orgullo por haber triunfado de sí mismo resistiendo a la más grande y peligrosa tentación que se le haya presentado: el liberalismo.

«Había podido conocer un poder sobrehumano gracias a una unidad inquebrantable. Su plebiscito era una renuncia solemne a todo cuanto significaba individualismo y parlamentarismo democráticos. Se había dado a Hoover una mayoría y un con-

greso tales que podía trabajar en paz, casi como Mussolini, y guiar a los Estados Unidos, gracias a las grandes leyes económicas y morales, a un grado de poder que ningún pueblo ha conocido todavía sobre la tierra.

«La era del idealismo político había terminado con Wilson. Coolidge había asegurado la política de economías y mantenido el aislamiento. La era nueva que comienza verá la dictadura del bienestar en América (Norte América) y del bienestar americano (norteamericano) en el mundo.

«He aquí lo que espera a Mr. Hoover. América (Norte América) le da carta blanca y lo quiere ver renovando el universo.

«Y esto ya nos toca más de cerca.»

Una nueva psicología del lenguaje

En el número del 1.º de Abril del presente año de *La Revue Universelle* de París, Marcel Brion publica un interesante artículo motivado por el libro del Padre Marcel Jousse, *Études de psychologie linguistique*.

Comienza diciendo: «Los problemas de psicología experimental y particularmente los que conciernen a los modos de expresión humana,

preocupan igualmente a los sabios y a los artistas. Los unos se esfuerzan en descubrir las grandes leyes que aclararán las regiones todavía oscuras de la sensibilidad y la inteligencia, los otros quieren encontrar una demostración racional de lo que presienten o hacen inconscientemente.

«A este respecto, pocas cuestiones tan ricas de incógnitas como la del lenguaje. En ella se juntan casi todos los problemas del conocimiento, en su estado puro, porque si el lenguaje no es sino la expresión de nuestros sentimientos y pensamientos, corresponde en realidad a una de las partes esenciales del mecanismo humano. Así es él el objeto más fecundo de nuestras investigaciones y todas las luces que puedan sernos dadas sobre un problema de tanta importancia no pueden ser acogidas sino con el más grande interés.»

Empieza en seguida el comentador a hacernos conocer el libro del Padre Jousse y a darnos noticias de su método «que ha retrotraído el problema a su punto de partida, a la forma primera de comunicación de las sensaciones, los sentimientos y las ideas: el gesto.»

Al dedicar su libro a la memoria del Abate Roussetot el Padre Jousse quiere